

de antemano lanzada por la funesta pluma del desdichado publicista Víctor Hugo; gran apóstol de todos los libre-pensadores y malos patriotas.

Pero hé aquí que reciente todavía el recuerdo de aquella torpe acusación, se plantea el problema de la explotación de la infancia precisamente en la Corporación municipal de París y Mr. Georges Berry, que por sus estudios acerca de esa materia está conceptualizado como una verdadera especialidad en la misma presentación ante el Ayuntamiento de la capital de Francia el doloroso cuadro de esa explotación inicua que ha tomado en París y en los departamentos proporciones alarmantes y espantosas.

Con cuánta razón al rechazar las falsas imputaciones de los franceses, les decíamos que cuidaran ante todo de su propia podredumbre social antes de querer buscar en un pueblo católico hechos de vandalismo contemporáneo, que por una gracia especial de Dios no han encontrado todavía entre nosotros, atmósfera adecuada a su desarrollo!

Mr. Berry y los que con él siguen de cerca el mencionado problema, se lamentan de que los niños pobres y abandonados sean el instrumento de la mendicidad moderna, los mártires de los mendigos de profesión que después de haberlos explotado desde su niñez y sin enseñarles absolutamente nada útil y bueno, les abandonan a su ignorancia y a sus pasiones, iniciándolos para toda su vida y según su sexo, en el camino del crimen o en la escuela de la prostitución.

Son espeluznantes los detalles que a este propósito se refieren, horrorosos los datos estadísticos que se aducen y tristísimas por demás las consecuencias que se desprenden de la consideración del lamentable estado social en que se encuentra el pueblo parisiense.

Ocioso parece advertir que la prensa liberal francesa protesta contra la mendicidad calificándola de profesión industrial, y sin echar de ver que este carácter se lo han dado los tiempos modernos, que no prestándose a dar una limosna por amor de Dios ejercen la caridad en los bailes y en los teatros y exigen también de los pobres callejeros regalen sus sentidos convirtiéndolos en músicos ambulantes ó en desenvueltas ramilleteras, según su sexo.

Si pues es la moderna filantropía la que ha querido convertir al pobre en un industrial ó en un artista, sin considerar que el arte y la industria en manos del mendigo se desnaturalizan y pervierten, como se desnaturaliza y destruye al propio tiempo el objeto de la caridad, basándolo en el egoísmo en vez de fundamentarlo en el amor del prójimo en Cristo ¿que extraño es que a la prostitución de la caridad, de la industria y del arte, se siga la perversión moral del hombre, la explotación del niño y la prostitución del pobre?

Pero esa filantropía sin entrañas que tan exigente fué con la clase más desvalida de la sociedad, quiere coronar su obra y en vez de volver sobre sus desacertados pasos, trata de destruir la hechura de sus manos, y concluir con toda mendicidad proyectando nuevas y severísimas penas contra todo el que implore la caridad pública, en cualquier forma en que la solicite.

Terrible cotrasentido, tanto mayor cuanto que el pauperismo es producto del progreso moderno y tanto más inoportuno cuanto que en los tiempos actuales acude a vías de hecho para implantar una revolución social que todo lo modifique si no lo destruye todo!

Elogio de Leon XIII por un pastor protestante

«Tengo en la mano una carta del Papa sobre la Exposición de Chicago. No soy católico romano. Dios me libre, sin embargo, de que preocupaciones, sean las que se quiera, me impidan ver donde se hallen la verdad y el bien.

No quiero olvidar jamás el ejemplo de Domingo Guzman, que renunció a todos los placeres de la vida para mostrar al mundo cuanto debe amarse a Cristo; ni el de Francisco, a quien la continuidad del llanto oscureció la vista, ni los de San Francisco Javier y San Bernardo, que hicieron prodigios de abnegación; ni el de Manning, el Cardenal de los pobres obreros, y su abogado ante la gran nación inglesa. Donde hallo el mérito y la santidad, los reconozco, estimo y aplaudo.

La carta de Leon XIII está llena de grandes pensamientos. Cada palabra suya merece la atención del mundo; no hay otro hombre que tenga tanta autoridad. La voz del Vaticano llega a los extremos de la tierra y su imagen hace horizonte con el cielo. Esta carta prueba el lugar que la Iglesia católica debe ocupar en la economía general del mundo.

Dicesenos que el ministro de la Religión debiera limitarse a la predicación del Evangelio. Yo digo que debe elevar su voz donde quiere que pueda contribuir a la virtud y a la felicidad del género humano. Los discípulos de Jesucristo pueden y deben interesarse en el orden civil, en la moral de los ciudadanos, en la prosperidad de la patria. La Religión no es negocio de los domingos, ni especialidad del santuario, debe iluminar y vivificar toda la existencia de los hombres.»

Quien tan brillantemente se expresa, es el Pastor protestante Edgard Hill, de Chicago, y verdaderamente en su breve discurso hay bellísimas frases. La carta a que se refiere es la escrita por Leon XIII al Sr. Bryon. ¡Dios quiera iluminar al elocuente Pastor Hill y traerle al seno de la Iglesia católica!

Muchos periódicos protestantes examinan extensamente la carta del Papa a los Cardenales franceses. Uno de aquellos dice: «Al menos, los católicos romanos saben a que atenerse. Claros y definidos son sus dogmas y precisas sus leyes; cuando ocurren dudas, tienen con quien consultarlas, saben a quien dirigirse, y obtienen siempre una respuesta categórica.»

Chismografía política.

ALGO DE CASA.

La organización política del liberalismo lleva aparejada la negación de la libertad.

—¡Noticia fresca! dirá el lector.

—En efecto, no es nueva la noticia, pero conviene repetirla para que hasta los ciegos vean que el planteamiento de las libertades modernas es el retroceso al servilismo antiguo.

—En lo que atañe a la vida pública de los pueblos la cosa es clara. ¿Cuándo se ha visto mayor absorción de las entidades sociales ante el Estado, que en la actualidad?

—Pues tampoco es turbia, sino igualmente clara, en la esfera individual. El hombre desaparece ante el partido y no es más que un siervo de su jefe.

Muy fácil es demostrarlo. Nos basta reproducir las confesiones de los mismos defensores de las libertades modernas.

Tiene la palabra La Union... conservadora.

Acusando de servil a la coalición liberal, dice:

«Ciertamente que la disciplina es una cualidad esencial en la vida de los partidos. Sin aquella no se conciben, no se explican estos.

Pero la disciplina no puede suponer la división de los partidos en señores y siervos, en jefes que mandan despóticamente y en vasallos que obedecen sin voluntad ni criterio, ni raciocinio, ni independencia; en una palabra, ciegos instrumentos de voluntades absorbentes y tiránicas.

La disciplina no supone ese acatamiento incondicional al jefe que manda ó a las doctrinas que proclama la agrupación. La disciplina no es otra cosa que la adhesión razonada, producto de una voluntad libre y de un juicio sereno. Lo contrario es caer en esa especie de conjura masónica ó en una dependencia incondicional depresiva y bochornosa para los afiliados.»

Quedamos pues, en que los coalicionistas de por acá son no más que unos pobres siervos.

Y, por tanto, indignos hijos de un pueblo cristiano y de una raza eminentemente libre.

Conformes, de toda conformidad.

Pero ¿son de mejor condición los conservadores?

Responda por nosotros D. Alejandro Pidal y Mon, que no hace mucho declaró en pleno Congreso que el partido liberal-conservador «no es un agregado de átomos yuxtapuestos, sin más lazos que un contacto casual, que es «un organismo viviente, informado todo él por una sola alma sustancial, que es como una idéntica esencia; piensa y entiende con una sola inteligencia, quiere con una sola voluntad y obra con una misma

acción en todos los actos de su vida,» y que el intérprete de esa única alma sustancial, de esa inteligencia, de esa voluntad y de esa acción es el Sr. Cánovas del Castillo.

¡Hasta ahí llega el servilismo de los unionistas!

Ni nos extraña que sea tan subido de punto, después de haber presenciado aquel cuadro abyecto de «Cristina-Euea» en el que se postró el rebaño a los pies de Cánovas.

¡Triste escena, propia de la Roma pagana!

Resulta, por tanto, que el liberalismo actual es el restaurador de la esclavitud antigua.

Lo que no resulta por parte alguna es la justificación de la causa que movió a los unionistas a separarse de la coalición liberal.

Porque si ese acto, como acabamos de ver, no obedeció al sentimiento de la propia dignidad, tampoco reconoció otra causa legítima.

Bien es verdad que La Union escribe: «Cuando un partido político traiciona sus ideales y altera su programa, no puede extrañarse de que surjan desprendimientos: es ley ineludible. La coalición liberal tiene que acusarse de haber roto su bandera y de haber adulterado en gran parte sus fines y doctrinas.»

Qué fines sean estos que la coalición adultera ó no recuerda, nos lo dice cabalmente ayer La Libertad en las siguientes palabras:

«El imperial edicto que examinamos, adolece de un defecto: no dice de cuándo acá ha adquirido el carácter de beligerante esa pandilla política que se llama coalición liberal, ni recuerda que, según su Corán (léase Carta-manifiesto), el único y exclusivo fin que persigue, es combatir al carlismo.»

De donde se desprende que los unionistas con su carita de pacificadores, lo que se proponen es combatir lo que la coalición llama carlismo; ya que si han desertado de sus filas es porque esa pandilla política no recuerda ya el único y exclusivo fin que debiera perseguir con arreglo a su Corán.

Ahora comparen ustedes esa conclusión incontestable, con el dulcísimo programa de La Union y vean hasta donde llega la hipocresía mestiza

Tenemos pues, que la Union vascongada (?) es más anticarlista que la coalición liberal, según se desprende de sus declaraciones y de las de su compañera La Libertad.

Y tenemos por otra parte, que la causa de la segregación unionista de la pandilla liberticida, no aparece justificada bajo ningún aspecto, mientras La Union no borre su programa y se atenga exclusivamente a sus últimas manifestaciones, repetidas veces publicadas.

Quod erat demonstrandum.

Y no hay que darle vueltas.

Hay cosas que cuanto más se revuelven quedan peor.

Y una de ellas es la que nos ocupa.

Cuántas veces La Union ha tratado de ella ha salido con las manos en la cabeza.

Y es porque no tienen defensa posible en ese terreno.

Desde el momento que declaran que de no haber adulterado la coalición liberal sus fines hubieran continuado en ella, perdieron el pleito ante el país.

A nosotros no nos engañó aquel espantajo de programa con el que salieron a la vida pública, porque aunque deficientes, sabíamos que no habían de cumplirlo.

Les conocemos de antiguo.

Pero hay que reconocer que tampoco han sabido engañar a los más sencillos, porque en vez de haber declarado resueltamente que los fines de la coalición liberal eran detestables y que se estaban llevando a la práctica con sobrada fidelidad, han reconocido que dichos fines eran muy santos y muy buenos y se han lamentado de que se olvidaran en la práctica.

¿Puede darse una fórmula más clara de adhesión al liberalismo?

Finalmente, conviene observar que esta fórmula de adhesión, viene repitiéndose, como antes lo hemos observado, con muchísima frecuencia.

Y la razón de esta insistencia especial debemos encontrarla en que el unionismo, convencido de que nada puede esperar tendiendo sus redes en cierto campo, las tiende en el de la coalición, en el que sin duda espera cazar algunos incautos.

De aquí que mientras se le disgregan conspicuas personalidades que en un principio se le adherieron, conquista a los Azqueta y otros ejusdem fufuris del gremio coalicionista.

Nos felicitamos de la nueva tendencia que los unionistas imprimen a su proselitismo.

Se han convencido de que por solo ese camino pueden hacer algo y se esfuerzan en presentarse como coalicionistas no degenerados, como liberales pur sang.

¡Ya era hora de que se quitasen la careta!

Carta de Madrid.

24 Mayo 1892.

¿Come Sagasta?—La cuestión de los Astilleros.—Las autorizaciones.—Una rectificación.—Lo del día.

Los periódicos ministeriales han encontrado el medio de tranquilizar a sus correligionarios ante la perspectiva de que el jefe de los fusionistas almuerce un día de estos con la regente.

Para ello y como obediendo a una orden del día ministerial dicen los mencionados periódicos que lo del almuerzo del señor Sagasta en Aranjuez es cosa añeja pues data de cuando el jefe de los fusionistas estuvo en Palacio a despedirse de la regente, que sin marcar la fecha ni hacer gran hincapié en el asunto dijo al Sr. Sagasta que tendría una satisfacción en verle un día por Aranjuez y que en ese caso le ofrecía un asiento a su mesa.

No es por lo tanto seguro ni siquiera probable, a juicio de los ministeriales que el señor Sagasta almuerce el día de la Ascención con la regente, pues se trata de una invitación para fecha indeterminada que a la discreción del Sr. Sagasta corresponde aceptar en razón oportuna.

De todos modos es lo cierto que el anuncio de tal almuerzo ha sido durante veinticuatro horas la comidilla de los círculos políticos en los que se ha observado algo parecido a lo que ocurrió en los primeros tiempos de la restauración alfonsina cuando habiendo invitado D. Alfonso a su mesa al general Serrano y no sabiéndose si este asistiría y si por lo tanto se adheriría a las instituciones triunfantes, todo el mundo se preguntaba: ¿Come el duque?

Ayer volvió a reunirse la junta directiva de la minoría fusionista en el Senado para manifestar al Sr. Sagasta la opinión que aquella tiene formada acerca de la cuestión de los Astilleros.

Según se dice los Sres. Montero Rios, Romero Robledo, Giron y Groizard informaron a su jefe de la existencia de cargos gravísimos que se desprenden contra el gobierno en vista del examen del expediente formado en el ministerio de Marina sobre el particular y que pueden motivar hasta una acusación en forma contra el presidente del Consejo y ministro de Marina.

El Sr. Sagasta aprobó la actitud de sus amigos en este asunto, con tanto más motivo, cuanto que solo se trata por ahora de un debate parlamentario y estos ya ha sabido que se reducen a unos cuantos discursos y a tal cual incidente borrascoso para luego quedar en agua de cerrañas.

El debate sobre los Astilleros no comenzará hasta el viernes lo mas pronto pues es dudoso termine hoy la discusión del presupuesto de Marina y el jueves es fiesta.

Sigue el asunto de las autorizaciones pedidas por el gobierno a las Cortes para resolver las cuestiones económicas, siendo objeto de comentarios entre la gente política y parecen acentuarse las corrientes contrarias a su concesión de parte de las minorías reforzadas por la opinión de algunos ministeriales que también consideran impropio de la dictadura económica que trata de investir el actual ministerio.

En opinión de muchos el gobierno pide esas autorizaciones no con objeto de conseguir las sino, por el contrario, para tener un motivo, si se las niegan, de plantear ante la regente la cuestión de confianza para caer, como los antiguos gladiadores, en una postura académica.

Esto hace que los fusionistas anden alborozados y los ministeriales que viven de la mímica, móstros y alicaídos. En cuanto a los ministeriales conspicuos como saben que ese sube y baja es el juego del sistema, toman la cosa con más filosofía y aun algunos se alegran de la perspectiva que les ofrece un verano sin las responsabilidades del poder pero con la seguridad de que dentro de otro par de años volverán a ocuparlo. Porque ahora resulta que tal es la fuerza, ó mejor dicho, tanta es la debilidad de los partidos políticos que no pueden tirar en la oposición sin peligro de disolverse en un plazo más largo.

Por un error de pluma dije en mi carta anterior que el artículo de la ley hipotecaria cuya reforma aprobó ayer el Congreso era el 106 en lugar de escribir el 297. Haga esta rectificación para evitar el error en que algun